

# MÍNIMA EVOCACIÓN DE FRANCESC PERENYA

Agustín SERRANO DE HARO

*Instituto de Filosofía (CSIC)*

agustin.serrano@cchs.csic.es

Yo conocí a Francesc Perenya el 21 de febrero de 2003. Lo sé con esta extraña exactitud por el tribunal de doctorado en que él me invitó a participar en la Universidad de Barcelona. ¡Para algo habían de servir los currícula! Más adelante ya estuve en Barcelona en un buen puñado de tesis por él dirigidas, incluida por cierto la de algún Presidente de la Sociedad Española de Fenomenología que tuvo la ocurrencia de que el examen se convocara en plena canícula mediterránea. También participé en jornadas del proyecto de investigación que él codirigió de hecho con Salvi Turró, y más tarde coincidimos una y otra vez en jornadas de los proyectos sobre dolor y gozo corporal que yo dirigí y que se celebraron en la Universitat Internacional de Cataluña. Aunque Francesc nunca formó parte de estos proyectos radicados en el CSIC, es como si siempre hubiera sido un alentador principal de ellos, ya que no investigador principal, y esto no solo por los discípulos suyos que han sido parte esencial en su actividad. Perenya bajó también mucho por Madrid en esos años posteriores, incluidas algunas sesiones de la SEFE de la era previrtual; en mi Presidencia, sería quizá en 2010, asumió por ejemplo una estupenda intervención inicial en el seminario sobre “La crisis de las ciencias europeas”. Y por supuesto bajó y subió, quizá solo un poco más despacio, las empinadas cuestas de la ciudad de Segovia en el Congreso OPO de 2011, en cuyo éxito todo el Grup d’Estudis Fenomenològics tuvo un papel fundamental. Creo ahora recordar que, degustando un sabroso cochinillo con vistas al acueducto romano, trabó él la amistad duradera que le unió también con Antonio Zirión.

Francesc ha sido para mí una presencia entrañable a lo largo de estas más de dos décadas, la persona que deja primero huella y luego hueco, y más tarde el hueco da un relieve todavía más claro a la huella. Tenía él un don especial para la amistad filosófica, para el cultivo y disfrute de las personas en medio de las exigencias del pensamiento. No era solo su capacidad para debatir conversando y para dialogar debatiendo, ni solo su agilidad proverbial a la hora de suscitar ejemplos ocurrentes u objeciones inesperadas, ni siquiera su franqueza para

indicar a cualquier ponente que algo por él dicho se veía bien o se veía regular. Junto a todo ello estaba su capacidad para reparar en las personas de carne tras las palabras teóricas que pronunciaran, y la naturalidad con que se interesaba por las circunstancias intransferibles de la vida del interlocutor al menos tanto como por sus afirmaciones, por los significados en su sentido ideal. Muy del estilo de Francesc era el que los intercambios filosóficos no acabaran en los límites temporales de jornadas o sesiones, y que en los días siguientes uno recibiera una llamada de teléfono o un largo mensaje de correo electrónico dando una vuelta más a las mismas cosas o aportando nuevos comentarios. De una de estas prolongaciones informales tan de su gusto guardo yo un vestigio valioso, que en su momento conservé por puro interés científico y que se publica en este mismo número de “Investigaciones fenomenológicas”. Se trata de una larga nota, de en torno a tres páginas, que Francesc envió en alemán a Dan Zahavi; el pensador catalán contestaba al conocido estudioso danés acerca de la cooriginariedad del cuerpo con el tiempo en el “*Umweltanalyse*”, a lo que seguía, tal como Vds podrán leer, una conversación acerca de la fuente de esta unidad o dualidad, acerca de finitud y pasividad, por entre Husserl y Heidegger. Francesc entremezclaba su buen alemán de los años de Heidelberg con el inglés de su interlocutor, de quien recogía giros y expresiones, un poco como otras veces entreveraba sobre la marcha el catalán con el castellano. Esta nota a la que aludo arrancaba de hecho del siguiente modo, que me permite citar aquí al querido amigo, aunque no sea ni en catalán ni en castellano: “*Wenn man schon davon ausgeht, dass temporalization and spatialization must necessarily be thought in their unity*”, so stellt sich mir die Frage, wie “*Einheit*” hier zu verstehen ist”. En el “se me plantea una cuestión, se me ocurre una duda”, se reconoce bien el talante de su autor, que apenas variaba -me parece a mí- si se dirigía a una eminencia internacional de la fenomenología o a un principiante nacional de cualquier coloquio, y en este preciso arranque resuena la estirpe de pensadores que ponen la palabra hablada con otros al menos en el mismo rango que la escrita para cualquiera.

No me cabe duda de que el *Grup d'Estudis Fenomenològics* de la Sociedad Catalana de Filosofía lleva impreso el carácter que le ha trasmido su fundador. Es curioso pensar que la amistad filosófica fue ya una seña de identidad de los primeros grupos de fenomenólogos, un rasgo característico de ellos, que resultaba congenial a esta peculiar forma de pensar apartada de las cosmovisiones y volcada sobre los entresijos estructurales de la experiencia. La fraternidad discutidora y analizadora nunca fue tan patente, tan llamativa como en los primeros círculos de la lejana ciudad de Gotinga, cuando el descubrimiento de la fenomenología trajo consigo un acontecimiento renovador a muchas vidas personales y llevó a

una convivencia académica más humana y gratificante, por más que a la vez hacía crecer la intensidad filosófica y la exigencia intelectual. Algo de este estilo, de este aire peculiar, ha tenido siempre el grupo de la querida ciudad de Barcelona constituido en torno a Francesc Perenya y gracias a él. Tampoco la fraternidad discutidora y celebradora de los viernes por la tarde en el viejo Hospital de San Pau gusta de las adscripciones rígidas de orientación filosófica y más bien se siente cómoda por entre Husserl y Heidegger, con un ojo puesto en Merleau, con el otro reservado a los analíticos, y sin que en el fértil bullicio nadie mande más que los fenómenos mismos. Sobre ello, también ese espacio de personas ha estado siempre abierto a gentes de los cuatro vientos y de las muchas procedencias que, al presentar temas, libros, ponencias, hemos pasado por las preguntas incisivas de Perenya y por las recuestiones y repreguntas de las otras voces. Quienes hemos sido amigos y no discípulos de Francesc sentimos hoy que la fenomenología que se cultiva en España ha perdido con su partida algo de la humanidad afable que, antes que despistarse con jerarquías académicas o distraerse con menudencias, ayudaba hondamente a la vitalidad filosófica y promovía en verdad la lucidez fenomenológica. Aunque sepa a poco, nos queda el recuerdo de Francesc, esa modificación irreparable de la percepción.

Recibido: 23-11-2025

Aceptado: 01-12-2025